

**DECIR DE ANALISIS:  
LEYENDA Y CONSTRUCCION**

**Edmundo Gómez Mango(\*)**

**“Quedaba la inexplicable roca.  
La leyenda trata de explicar  
lo inexplicable. Como nace  
de un fondo de verdad,  
necesita retornar a  
lo inexplicable.”**

F.Kafka

“Prometeo”, RELATOS Y  
FRAGMENTOS NARRATIVOS

La pregunta que a la vez abre y sostiene la reflexión de este trabajo es el siguiente: ¿Cuál es la especificidad del decir de análisis? El encuadre puede haberse respetado, puede haberse establecido bien, seguro de sí mismo, y no obstante es posible que el análisis no haya “prendido” aún, que el “proceso” no se hayal puesto en marcha todavía. La situación de análisis, más acá o más allá del encuadre, se instaura en el lenguaje (\*\*): depende esencialmente de cierta calidad de la palabra del analizado, de una calidad de la escucha y de la intervención del analista. Este “advenir” de la palabra (\*\*\*) en análisis, su origen, su conocimiento y reconocimiento, su aventura, sus avatares, es ese destino

---

\* 150, Ave. du Maine, 75014 Paris, Francia.

\*\* N. del A. “Langagier” es un término de uso corriente en la actual jerga psicoanalítica francesa, aunque no figura en Diccionario. Opté por diversas traducciones según el contexto y la sonoridad española de pensamiento (el pensamiento sonoro, no solo para los delirantes).

\*\*\* N. del T. *Parole* se traduce por *habla* (inc. en las traducciones de De Saussure), pero en el caso de psicoanalistas recientes se está utilizando la *palabra*, pues no hay riesgo de confusión con *mot* y no se lista del habla.

de la palabra, lo que nos puede conducir hacia lo vivo del sujeto de la experiencia analítica.

En una perspectiva histórica del advenimiento del análisis, es sin duda la palabra del paciente y la del analista lo que dispone el encuadre y lo constituye. Las modificaciones sucesivas de la técnica (el abandono de la hipnosis, de la sugestión directa, etc.) parecen perseguir cierto ideal de lenguaje: que la palabra del paciente se haga la traducción *más* exacta y próxima a los procesos psíquicos que acontecen en él. El “dejarse ir, como en una conversación sin orden ni concierto”, preconizado por Freud desde 1904 (3), apunta pues a un modo de “decirse” que permite escuchar “pensamientos involuntarios”, asociaciones inesperadas, y todo aquello que resulta obstáculo o irrupción dentro de la continuidad del narrar. La técnica tiende así a producir y recoger ese “decir” particular que funda la situación analítica. El decir analítico, para hacerse escuchar, crea su encuadre.

Nuestra investigación, *orientada hacia esta cualidad específica* del decir de análisis, no implica una operación de reducción de todos los otros elementos, factores o “ingredientes constitutivos” de la situación analítica (\*), Pero estos últimos no pueden aparecer ni manifestarse en escena más que a través de la palabra, o al menos esencialmente a través de ella. La palabra reúne en su decir, el fantasma, lo sexual y la transferencia.

Hallamos aquí una dificultad metodológica general: ¿Qué depende en la situación analítica, del procedimiento o del artefacto de captación o de descubrimiento de los fenómenos *inconscientes*? Y por otra parte, ¿qué es lo que concierne a la existencia misma de los fenómenos inconscientes? La transferencia, por ejemplo, ¿existe fuera del encuadre? ¿Y el encuadre permite únicamente captarla, demostrarla, o acaso es el mismo encuadre el que crea la transferencia? La evolución de modificaciones sucesivas del encuadre analítico parece orientarse hacia una especie de depuración, de una “epoché” que desemboca en una puesta en escena donde el intercambio verbal es el soporte esencial de la cura.

El sentido de esta evolución “técnica” quizás nos indique una dirección fundamental de la investigación psicoanalítica, aquella que trata de proseguir

---

\* Laplanche nombra los siguientes: el fantasma, la palabra, la sexualidad, la transferencia, “La transcendance du transfer”, en *Psychanalyse a L’Univetsité*, N°. 35, junio1984. (7)

cada vez más lejos en el análisis de la actividad del pensamiento y del lenguaje que se despliega en la sesión, para poder cercar lo más estrechamente posible aquello que, en ese decir de la “conversación corriente” se *vuelve* una especie de actividad de la palabra extraordinaria (\*\*) que constituye la especificidad propia del decir de análisis. Ningún intercambio verbal podría fundirse con el funcionamiento de la lengua en análisis, quizás en la misma medida en que este último deja detrás de sí, sin abandonarla totalmente, su condición de intercambio comunicativo.

El decir de análisis: es siempre, a partir de Freud, la ocasión privilegiada de poder captar algo del orden del inconsciente, la manifestación más próxima a los procesos primarios; es además, a través de la escucha de lo verbal y el uso de la interpretación, el instrumento mayor del psicoanalista.

Podemos entender, aún cuando no la compartamos, la fascinación ejercida por una teoría que quisiera eliminar la separación entre el fenómeno y la esencia, entre el procedimiento y el objeto, entre la cosa y su manifestación: esta fascinación lingüística, como toda fascinación, es obliterante, desconocedora; esta fascinación suprime el enigma —la distancia— donde se constituye el punto de perspectiva, la presencia de lo desconocido, necesarios para el funcionamiento analítico del lenguaje.

Trataremos de acercarnos a este enigma —la especificidad del decir analítico— a través de la consideración de dos de sus manifestaciones: la leyenda y la construcción.

La aproximación de estos dos términos recorta, en primera instancia, la pareja analizando-analista. La elaboración de la leyenda sostendría como uno de sus ejes principales, el decir del paciente. La construcción podría comprenderse en un sentido amplio, como la actividad del pensamiento del analista, elaborada en la escucha de lo legendario, que surge en las

---

\*\* N del T. En el original el autor opone “*conversation ordinaire* con activité de parole *extra-ordinaire*”. En español podríamos hacer oposición semejante diciendo “conversación *común*” y “actividad de palabra *fuera de lo común*”.

interpretaciones y se esboza en las “construcciones”, y comunicadas o no al paciente.

Muy pronto, ya en la célebre carta del 15 de octubre de 1897, en que aparece la primera mención explícita del Edipo, Freud aprehende lo legendario como la manifestación privilegiada del “Zwang”, de la “pulsión”: (“Pero la leyenda griega ha aprehendido una ‘compulsión’ que todos reconocen porque todos la han sentido.”) (2)

La leyenda es el lugar, la actividad de la palabra o de la escritura, la “escena” teatral, el decir en la sesión, de lo pulsional y de su “reconocimiento”. Lo legendario del decir analítico está justamente allí: en lo pulsional reconocido.

La pulsión de lo legendario es esta fuerza, esta repetición que “construye” la imagen de lo infantil, la escena o las escenas de la infancia, en un decir en el que pueda reconocerse.

La actividad de la palabra legendaria en el análisis es una de las modalidades privilegiadas de la relación con lo infantil: orientándose hacia la ilusión imaginativa de la infancia, constituye y realiza, en la transferencia, una captación “palabrera” de lo infantil, es decir, del inconsciente (\*)

Desde el principio, esta aprehensión de la pulsión por la leyenda individual se relaciona con la función de la leyenda colectiva con respecto al origen o a la prehistoria de los pueblos. Esta analogía de la función de lo legendario en el registro individual y el registro social, mantenido a lo largo de toda su obra, es calificada por Freud mismo como notable.

Lo que justifica esta analogía es la actividad tendenciosa de la memoria: orientada por la búsqueda del placer, ella aleja lo que podría ser el objeto de una reminiscencia dolorosa o penosa; la memoria legendaria del pueblo o del individuo se deja ver como una imagen embellecida del pasado, una imagen “falsa”.

---

\* Sobre la noción de lo infantil (“das Infantile”) y la infancia (“die Kindheit”) en Freud, véase Maurice Dayan, “La relación con lo infantil”, en *Psychanalyse a L’Unjversité*, No. 17, dic. 1979.

El historiador y el analista deben traducir la leyenda si desean acercarse a la verdad de la historia, del acontecimiento tal como realmente ocurrió. La leyenda, relato de lo falso, se hace con los residuos de lo verdadero; es portadora, igual que el delirio, de un fragmento de verdad, del cual es necesario descubrir los vestigios y las trazas.

Toda biografía, toda anamnesis de sí mismo es falsa. En el corazón del relato legendario, opera el deseo de lo falso: olvidar aquello que fuera penoso, humillante, doloroso. El aforismo nietzscheano que Freud citara en la “Psicopatología de la Vida Cotidiana” y que retomara su paciente Ernst Lehr, “el hombre de las ratas”, es la elaboración permanente de la leyenda del relato: “hice tal cosa”, dice mi memoria; “imposible”, dice mi orgullo. Y éste se obstina; a fin de cuentas es la memoria la que cede”. (8)

Eso que el orgullo de sí mismo, el narcisismo,; gana a la memoria de los hechos, ese margen, ese espacio, esas palabras, ese texto que la memoria cede, que el orgullo borra y mata, eso es la leyenda del decir infantil.

La leyenda, el decir legendario, es la morada del niño héroe. El niño-rey, el niño todopoderoso, el niño víctima del complot familiar, el niño-sobreviviente de los celos asesinos de hermanos y hermanas, el niño tan-amado o el niño odiado y desterrado, el niño traidor o traicionado, abandonado o recuperado; estas figuras, estas imágenes de la leyenda infantil siempre recomenzada, vuelven, se adelantan a veces enmascaradas en el decir cotidiano de las sesiones.

¿De dónde viene, qué es lo que sostiene este deseo, esta pulsión de la leyenda y de su decir? Como todo lo que llega a la situación de análisis, todo lo que en-ella se deja oír y ver, es una parte implícita de la transferencia. Es una de las transferencias múltiples, multívocas, de la situación de análisis. En tanto real, ese decir designa en su enunciado, el contenido, la imagen legendaria. Pero al mismo tiempo, ese decir, en el acto o por el acto de su propia enunciación, torna la presencia de lo legendario en actual, activa, viva, en tanto relación transferencial a lo infantil.

El decir de la leyenda es la morada del niño-héroe: comenta, “habla” las imágenes mudas de la infancia. La leyenda dice aquello que la imagen calla.

¿Pero cuál es el origen de esta leyenda, o mejor aún, quién es el autor? Es frecuente que el mismo paciente nombre una persona, en general uno de sus padres, pero también pueden ser otros adultos, supuestos testigos de su historia real, como los “autores” de uno o de varios fragmentos de su propia leyenda. En el mismo sentido, no es raro que un analizando haga gestiones, verdaderas encuestas sobre lo “verdadero” de su pasado histórico. Estaríamos allí en presencia de lo que se podría llamar la instancia fantasmática “del narrador informado”.

El deseo de una verdad histórica roza y se confunde casi con el deseo del enamorado que trata de desvelar lo desconocido del ser amado.

El analizando, siempre enamorado de su propio niño, de su propia leyenda, quisiera hallar ese narrador omnisciente. De igual manera, “los novelistas frecuentemente hacen de cuenta en una introducción que al viajar por un país conocieron a alguien que les contó la vida de una persona. El novelista le da la palabra entonces a ese amigo del encuentro, y el relato que le hace es precisamente su novela... ¡Cuánto quisiéramos cuando amamos, es decir, cuando la existencia de otra persona nos parece misteriosa, hallar un semejante narrador informado! Y seguramente existe... Ese ser siempre existe..., pero nosotros nunca lo encontramos.” (5)

La novela, la leyenda, es así la ficción de un relato de un narrador informado, que existe pero que no conocemos jamás. En la situación analítica, la transferencia, en cierta medida, es esta búsqueda del autor, del informante de la narración legendaria. El analista, en el deseo del analizando, llega a ser el eventual narrador “informado”, siendo el analizando él mismo el que informa sobre la leyenda a contar (la de la neurosis infantil, la de la neurosis de transferencia).

Al mismo tiempo, el analizando, al contar él mismo “su” leyenda, se vuelve su autor, en el autor del relato. Naturalmente está siempre “el amigo de encuentro” a quien se le otorga la palabra, y el que, al contar la vida de una

persona, dice, de hecho, la historia de nadie (\*), una historia de nadie, que es lo “propio” de toda leyenda.

La leyenda es el duelo de un objeto perdido, de un origen desconocido, de un comienzo que no tuvo lugar. El enigma de ese objeto perdido y que se ignora es el centro de irradiación, el punto de fuga del decir legendario.

Es a la vez lo íntimo, lo familiar, el secreto transmitido por las generaciones, ese punto ciego alrededor del cual se constituye lo familiar, y un “no-dicho” inalcanzable cuya existencia psíquica prosigue sin cesar en la medida misma en que se le ignora, un “desconocido” del cual solamente podemos captar traducciones; el fondo de toda “anamnesis”, de toda memoria, la trama más secreta y más ínfima de nuestra biografía, de nuestra historia-leyenda, es el irreductible olvido que nos constituye. ¿Pero quién olvidó? El secreto de toda leyenda quizás esté precisamente en el olvidado, en la amnesia de lo que nunca supimos.

La infancia se acuerda de nosotros. Hay recuerdos infantiles que son más viejos que nuestra memoria -intuición poética, siempre verdadera, que se halla sin cesar en la obra de autores tales como Proust o Rilke. Las cosas, las imágenes de la niñez se acuerdan de nosotros: el recuerdo infantil, siempre pantalla, memorial de un “significante enigmático” se hace esencialmente con ese “entorno de alma” que es el mundo habitado por el niño; las palabras del niño son mágicas, y es esta magia de la palabra infantil la que, según Freud, la ciencia psicoanalítica después de un largo desvío, restituye el carácter demasiado adulto de nuestro decir.(\*)

El decir legendario es pues siempre falso y siempre verdadero. Está esencialmente amenazado por una especie de “catástrofe” del lenguaje: no

---

\* N. del T. El autor emplea un juego de palabras intrínseco en el mismo idioma francés: “la vie d’une personne”, y “l’histoire de personne”. Al poner un artículo se refiere a cierta persona, pero sin artículo la indeterminación hace que sea equivalente a nadie (¿o acaso de un “man” heideggeriano?)

\* Freud, S., “Sería necesario sin embargo emprender un largo desvío para hacer comprender cómo la ciencia procede para restituir a la palabra por lo menos una parte de su fuerza mágica de antaño”. “Traitement d’âme” “Resultats, Ideés, Problmes”. París, P.U.F., 1985. T I

puede, en realidad, decir nada del evento que pretende evocar; en su repetición puede secarse, tomarse estéril y secar y esterilizar a la escucha, la actividad psíquica del interlocutor. Pero en su insistencia, en su repetición, en su perlaboración, en su fracaso de comunicabilidad, y por el mismo, se resulte, se congrega, hace el trabajo necesario, largo y meticuloso como el de un telar, del duelo de lo heroico. Su decir -el de lo legendario- es ascensis de la actividad de la palabra, depuración del lenguaje, actividad sacrificial de la sombra infantil.

La práctica analítica es esencialmente búsqueda en y por el lenguaje, búsqueda expresiva de la palabra, de sus poderes y de sus desfallecimientos (en este sentido, el paradigma de la búsqueda del psicoanálisis es la búsqueda, por y en la lengua, de la poesía).

El decir otro del psicoanálisis es un decir exilado. Exilado de su origen, para siempre desconocido. Exilado de su destino, un destinatario que se hurta, la cara invisible que habla y que escucha durante la sesión. Exilado de la significación comunicativa, que deja entender algo diferente de lo que dice. Exilado a su vez de la historia que cuenta, un decir involuntario del presente de la transferencia, donde lo intelectual simbólico que lo determina, hace de la escucha del analista, un testigo, o más bien, su memoria.

La escucha del analista hace posible, hace aparecer, es la condición fenoménica del “tenor de cosa” de la memoria involuntaria del decir del paciente. El contexto inactual de la escucha permite la resonancia histórica del decir de la actualidad del relato del analizando.

La palabra, el decir de análisis podría apropiarse de la divisa del gusano de seda: “Inclusum labor illustrat”, que R. Barthes traduce del modo siguiente: “es porque estoy encerrado que trabajo y brillo en todo mi deseo” (1). La palabra analítica brilla en todo su deseo porque no puede trabajar más que en el encierre de la ilusión, en lo falso, única captación posible de su verdad, la de la transferencia.

El decir analítico trabaja por mucho tiempo en el sufrimiento, en la queja: el analizando dice para quejarse, dice su queja, el sufrimiento de hacer suyo eso que, en su propio lenguaje, le resulta ajeno, queja de decir el mal, la



enfermedad del lenguaje, y que no puede “curar” sin dañar con sus propias palabras. Palabras siempre “impropias”, del otro, dichas a otro y por otro. Es esta alienación inherente del decir humano la que la situación de análisis descubre y aprehende en la transferencia; lo que podríamos designar con el término freudiano “Enstellung”, en su doble sentido de modificación del aspecto de algo pero también en el de colocar en otra parte, desplazar (\*) (5). El decir legendario es un decir modificado en su aspecto, y desplazado en otra parte; pone en evidencia, impulsa al máximo la aberración constitutiva del lenguaje, su poder y su manera de hacer ver, de dejar ver las cosas allí donde no están (\*\*).

Freud ha descubierto este movimiento de la formación de lo legendario en “el hombre de las ratas”, el que persigue, sin jamás alcanzar definitivamente, la sombra del acontecimiento, del apogeo heroico de la sexualidad infantil, que a menudo se derrumba en un fin catastrófico; el adolescente, como un “verdadero historiador”, visitante asustado de ese paisaje en ruinas de la sexualidad infantil, construye leyendas como los pueblos con respecto a sus propios orígenes, trata de borrar, como un copista tendencioso, con sus fantasmas las huellas de su actividad autoerótica, y lo logra elevándolas al nivel objetal. Es en el trabajo de traducción, de traslación, de transferencia del texto auto-erótico al texto objetal y legendario donde se ven funcionar en el adolescente historiador —aquél que dice sus leyendas en el análisis— “los signos más claros de una especie de creación imaginativa del género del poema épico, donde los deseos sexuales hacia su madre y su hermana, igual que la muerte prematura de esta última, se vincularon con el castigo del pequeño héroe por el padre”. (4)

El decir legendario sitúa la palabra en una actividad imaginativa próxima a la actividad poética de la épica; se abre el “epos” del lenguaje (\*). La leyenda

---

\* En francés el verbo colocar se dice *placer*, y desplazar se dice *déplacer*, con lo cual se mantiene el mismo verbo básico como un prefijo igual que en el alemán con el verbo *stellen*.

\*\* Pienso que las “perspectivas depravadas —la anamorfosis, la aberración, el anagrama, las estructuras de reemplazo— analizadas por Jurgis Baltrusaitis (LA CONQUETE D’ISIS, Flammarion, 1985. y sus obras anteriores) como también en la aproximación a la transferencia de François Gantheret en “ETUDE D’UN MODELE PERSPECTIF FN PSYCHANALYSE” in *Psychanalyse á l’Université*, 1985, 10,40.

\* Fédida, P.: “Passé anachronique et présent réminiscent”. “Eros et puissance mémoriale 38 du langage”. in “LEcrit du temps”, 1985, N°. 10.

quiere satisfacer el anhelo, el deseo que anima toda palabra en su decirse: un anhelo de renovarse, un deseo de renovarse, un deseo de renovación de su propio decir.

El decir legendario es portador de la nostalgia de una palabra originaria, de una palabra inocente, de una aspiración amorosa a una memoria fundamental donde todos los recuerdos desaparecen, que es el “recordar” en sí, reminiscencia en tanto que actividad gozosa, y cuyo ejemplo paradigmático es el canto del rapsoda, del “thulir”: el canto impersonal que celebra la memoria colectiva, la memoria de nadie, la memoria encantadora de la lengua.

En su sentido restringido, casi técnico, la construcción freudiana parecería ser la desconstrucción de la leyenda, su negativo: ella quisiera decir lo que la leyenda calla, quisiera advenir allí donde la leyenda hace desaparecer. Este hombre estaba obligado a masturbarse cuando se sentía emocionado por vivencias bellas y exaltantes: cuando leía un pasaje de las memorias de Goethe (“Poesía y Verdad”), cuando el héroe abrazaba apasionadamente a su amada, aboliendo con el gesto amoroso la maldición que lo retuviera desde hace tanto tiempo; imaginaba que su padre aún estaba vivo, y a medianoche, interrumpía la preparación de sus exámenes y miraba su pene en el espejo de la entrada: él desafiaba así el fantasma del padre muerto. Y Freud, apoyándose en estos datos y otros análogos que le suministrara “el hombre de las ratas”, se atrevió a proponerle la construcción siguiente: “...alrededor de la edad de seis años él habría cometido alguna fechoría de orden sexual relacionada con la masturbación por lo cual el padre lo habría castigado severamente. Este castigo, si bien puso fin a la masturbación, habría dejado subsistir en él un rencor imborrable contra su padre, habiéndole dado para siempre a su padre el papel de aquél que trastorna y molesta la vida sexual de su hijo... Para gran sorpresa mía -prosigue Freud-, el paciente me dice entonces que su madre le contó un evento de este tipo en repetidas ocasiones, y que si no lo había olvidado, seguramente era porque hechos extraños se unían a ese evento. El mismo sin embargo no tenía ningún recuerdo de aquello.” Y un poco más adelante, el paciente, a través del decir de su madre, relata los juramentos y la injuria que él dirigiera al padre mientras que éste lo castigaba: “¡Tú, lámpara!

---

¡Tú, servilleta! ¡Tú, plato!...

Miremos más de cerca este ejemplo de construcción freudiana. Es el reunir, en la palabra del analista, de una cantidad de datos, de fragmentos de relatos del paciente; su formulación verbal implica un vasto trabajo de la actividad psíquica, del pensamiento y del lenguaje del analista. Formula lo no-dicho del relato heroico, legendario del paciente: el goce prohibido de lo bello, de lo exaltante, el combate sonámbulo con

el fantasma del padre, no son más que un vestigio, más que huellas de la catástrofe que arruinó el apogeo de la sexualidad infantil auto-erótica. Pero el decir de la construcción provoca un doble efecto: por un lado, parece corroborarse, más que por un sí o por un no, por la continuación de la asociatividad del paciente por lo que ésta agrega, yuxtapone, por la dinámica que desencadena; y a su vez, por los efectos de retomo que agencia sobre el mismo analista: la sorpresa, el asombro. ¿Qué esperaba Freud cuando decía, comunicaba su construcción? ¿De dónde proviene ese efecto de sorpresa, de asombro, de sorpresa de sí, de asombro de sí a que lo lleva la reacción del paciente? El decir de la construcción, esencialmente centrado sobre la puesta en palabras de la muerte del padre, de los anhelos de muerte del pequeño héroe frente a la figura del padre, para siempre estorbo, alcanza en un momento que quizás sea de “inquietante extrañeza”, el decir de la madre. El “narrador informado” ciertamente es ella. Lo que el niño héroe no pudo borrar definitivamente se halla bien inscrito en la palabra materna, quizás podríamos decir en lo maternal.

La construcción del analista en el análisis -no puede hacerse más que “en” el análisis- es el comienzo de un camino que permite llegar ya sea al recuerdo olvidado -lo que ocurre pocas veces- ya sea a la aceptación, a la convicción o a la creencia, por parte del analizando, de su verdad: verdad de la construcción, aún y sobre todo en ausencia de la verdad del recuerdo. La construcción sería así el recuerdo de una verdad de lo olvidado, la verdad de lo olvidado. Pero el analista no tiene nada que recordar. La construcción, hecha, fabricada con los indicios del olvido, sería una especie de recuerdo extraño y extranjero, que no se produce por la rememoración sino más bien por el predecir, la pre-dicción

del adivinar de la construcción. El sentimiento de inquietante extrañeza es casi inevitable. “No”, dice el paciente, que resiste ante el contenido de la comunicación, pero también ante la enunciación de la construcción en sí. “No es posible, parece que quisiera decir, tu construcción no puede ser mi recuerdo, tu no eres mi memoria.” El “sí” aprobador del analizando es equívoco, casi siempre hipócrita: “Sí, tú tienes razón, eres tú el que te acuerdas, yo siempre ignoro en mi olvido.” Es solamente la confirmación indirecta la que es de fiar: el “jamás pensé en eso”, o la movilización mnemónica de las trazas, la resonancia mnemónica que se expresa con un acrecentamiento de asociatividad metonímica o con el agravamiento de los síntomas.

Ciertamente, el analista no tiene nada para recordar. El adivina, construye, piensa el olvido del otro. Sin recordar, no puede más que tratar de recordar la memoria del otro; presenta su Construcción como el relato de un sueño cuyos restos diurnos serían los indicios del olvido del analizando La construcción del analista: un sueño del olvido del analizando.

La construcción no puede hacerse sino en el análisis, en la transferencia. La construcción roza, apela, para rechazarla, la locura de la transferencia. No es casual que el texto freudiano sobre la construcción, tan admirablemente construido, desemboque casi necesariamente en la analogía inquietante la más “demoníaca” de las analogías freudianas-la que establece una equivalencia entre los delirios del enfermo y las construcciones del analista; ambos son tentativas de explicación y de restitución de un fragmento de verdad histórica. Quizás para conjurar ese demonio de la analogía, y para evitar naufragar en la locura transferencial, Freud, al comienzo de ese mismo texto había recordado con vigor la no coincidencia, la no simetría de las “dos escenas”, de los “dos papeles” que constituyen la situación de análisis.

En la construcción, la locura de la transferencia asoma. Pensar el otro, recordar para el otro, ser la memoria del otro: es ciertamente eso lo que no hay que hacer. La construcción, oráculo del pasado, predicción de lo pre-histórico, para que no se tome en delirio, para que no sea un fragmento de negado del pensamiento del analista que pueda sustituir un fragmento de la realidad

histórica psíquica denegado por el paciente, para que no sea alucinación — donde yo diría tu memoria, donde tú serías mis recuerdos— la construcción debe instaurarse como un rechazo, como una afirmación de la imposibilidad de la comunicación lingüística. Mediante la construcción, mediante la actividad del pensamiento, de la palabra, de la imagen, convocadas por el enigma olvidado del otro, el analista permite la puesta en su lugar, distinta del decir legendario, del decir del enigma para no olvidar, para conservarlo, oculto, en una cripta, como un secreto mortal.

La construcción permitiría así, aseguraría quizás, la transmisión memorial entre las imágenes-recuerdos y las palabras: entre las imágenes sin palabras y las palabras donde las imágenes se olvidan. La construcción asegura en su silencio, guarda en su propia actividad de pensamiento, el secreto que la leyenda olvida. El decir legendario llega a la construcción para olvidar en ella el secreto que ignora.

La condición básica, el “hiper-realismo” de la vivencia infantil, la “hipersignificancia” de esa vivencia, la memoria confusa de la frondosidad de mensajes reconocidos solamente en tanto tales y que solicitaban la interpretación imposible del niño (7), esos mensajes no descifrados que son el secreto de la memoria familiar, transmitidos sin que se conozcan, lo que se supo sin que se descifrara, es esta memoria del secreto de lo infantil que llega al olvido por la actividad de construcción del psicoanalista. Olvidar lo que jamás se supo: quizás sea éste *el horizonte* de palabra del decir de análisis.

La construcción es una palabra de restitución: como las medallas llamadas de restitución, a veces llamadas simplemente “restituciones”, la construcción reproduce palabras ya pronunciadas, indicios del olvido, palabras reagenciadas, fraguadas esta vez en la voz del analista que deja así su signo de renovación, trazado sobre el recuerdo secreto de una historia familiar. La construcción expresa la nostalgia -el retorno doloroso- de ese ideal que obsesionara a Freud hasta el final de su obra, el de restituir, el de restablecer, el de reponer la cosa psíquica a su primer estado, hacer posible la representación del templo en ruinas para que la verdad histórica y psíquica pueda habitar allí. Pero la acción de construir en análisis puede entenderse

también como una restitución transferencial: es a la vez relevo y relanzamiento del pacto, rehabilitación de la escena y del decir del paciente.

El analista, como un restaurador de autores antiguos, entrega un texto encontrado en las palabras del analizando. Esta actividad de restitución no se limita a la cosa, al contenido restituido. No es solamente una palabra de restitución pero también y más radicalmente, una restitución de la palabra. Y esto en este sentido preciso: indica que la historia ignorada y al mismo tiempo develada por la leyenda, que el secreto olvidado y jamás sabido del personaje heroico, habitan y fundan la memoria de la palabra del sujeto.

Lo que puede restituirse no es el recuerdo, que el analista ha de recordar; lo que puede restituirse es la restitución de la palabra misma, resurtir del decir en su propia memoria. Acercarse sin nunca llegar a esa memoria de la lengua que no tiene ni comienzo ni origen, dejar venir a las palabras el inmemorial de la palabra de nadie, reconoce? en él la ilusión de la palabra propia y asumirla como la única pertenencia posible: es el duelo terminado, el duelo interminable del decir de análisis.

## **BIBLIOGRAFIA**

- 1.-BARTHES, R.: "Le bruissement de la langue", pag. 389, Ed. Seuil
- 2.. FREUD: S.. *Lingue*,"pag.389, Ed. Seu II.
- 2.- FREUD, S.: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, Casta 71,T.I A. E.
- 3.-FREUD, S.: "El método psicoanalítico de Freud" T. VII A.E.
- 4.- FREUD, S.: "A propósito de un caso de neurosis obsesiva", T. X, A. E.
- 5.- FREUD; S.: "Moisés y la religión monoteísta. T. XXII A. E
- 6.-FREUD, S.: "Conclusiones, ideas, problemas". T. XXIII A.E.
- 7.- LAPLANCHE, J.: "La transcendance du transfer" *Psychanalyse a L'Université* No.35, 1984.
- 8.- NIETZSCHE, F.: "Más allá del bien y del mal", Ed. Alianza.
- 9.- PROUST, M.: "La fugitive, a la recherche du temps perdu", T. III, pag. 551, Ed. Gallimar.

*Traducción de Bea J. de Capandeguy, revisada por el autor.*